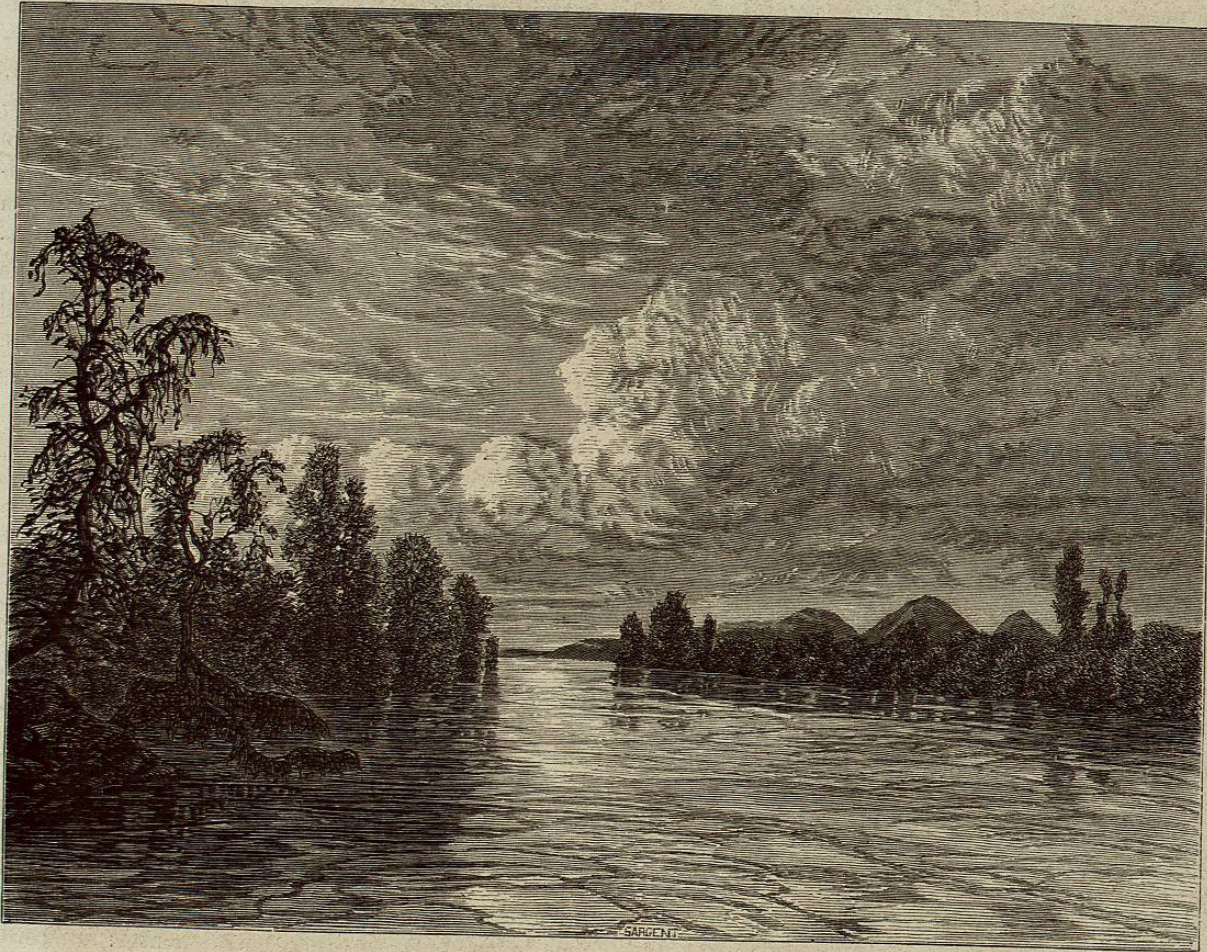


autoridad turca, tan débil en Europa, era en esta estrema frontera sobre toda ponderacion insolente. La Orden, que los conocia, tuvo el buen gusto de enviar cerca de aquellos gobernadores ebriosos y groseros, un capuchino piamentés muy conocido en todo el Mar Rojo, el padre Giuseppe S., nacido para ser actor cómico en el palacio Real, mas bien que apóstol en Nubia, especie de Figaro con sandalias, cuyo

inagotable buen humor, á veces trivial, ocultaba gran sabiduría (como lo ha probado en un buen libro sobre la Abisinia) y un valor algo petulante. Moleestado con frecuencia por el gobernador turco, acabó por dominarlo: una vez le provocó á duelo á sable en la punta del Gherar; otra habló de arrojarlo por la ventana del divan y de proclamarse kaimakan en su lugar. Tuvo una inspiracion menos feliz el dia en que



Khor de Desset á una hora de Saati.

seducido como el pobre Lefevre por la brillante perspectiva de los negocios con que brindaba la Abisinia, colgó los hábitos, como vulgarmente se dice, y creó una casa de comercio en Massaúa. La sociedad *San Francisco de Asís y compañía* hizo una liquidacion desastrosa, y el padre Giuseppe volvió á Florencia, donde redacta actualmente, segun mis informes, un periódico liberal. Si estas líneas llegan hasta él, que me perdone por lo que sin ánimo de ofenderlo, dejo dicho.

Una figura menos mundana es un capuchino de la misma mision Mr. Malcotti, en religion *fra Pasquale da Duno*. Encargado de la gerencia del vice-con-

sulado de Francia en ausencia del titular Mr. Deleye, dejó entre sus administrados, con el recuerdo de un excelente y amable carácter toda una leyenda de sencillez burocrática. Un dia teniendo que redactar un proceso verbal donde comparecia él mismo como testigo, lo encabezaba así: «Ante nos, el infrascrito, gerente del vice-consulado de Francia en Massaúa, compareció fra Pasquale da Duno, etc.» Y firmaba *Malcuit* por *Malcotti*. El buen padre creia del mejor gusto afrancesarlo todo cuando hablaba ó escribia á franceses.

Despues de los capuchinos vinieron los lazaristas, cuando espulsados de la Abisinia en 1855 se fijaron



Paletuvos clora (*Avicennia tomenossa*) detras de Gherar.

definitivamente en Massaúa bajo la dirección del ilustre prelado monseñor Jacobis. Bajo la de su sucesor Mr. Biancheri, muerto en 17 de setiembre de 1864, la misión construyó en la punta Este (ras Mider) una vasta habitación y una iglesia, á que se añadió en 1864 una imprenta para los libros abisinios. Actualmente esta misión es dirigida por el padre Delmonte, genovés, administrador inteligente, que es el llamado á suceder en su título á monseñor Biancheri.

XVII.

Clima de Massaúa.—Mi buen retiro.—Mr. Barroni: su enérgica lucha sobre la trata.—Brea francesa.

Bruce, que pasó por Massaúa para entrar en Abisinia y que sufrió muchas incomodidades de parte de los naib, ha mirado este país con ojos en extremo pesimistas. Massaúa no es más insalubre que cualquiera otro punto del bajo Mar Rojo, y es mucho menos enojoso por la proximidad de las tierras altas y terrenos de caza. Un proverbio anglo-indio dice: «Pondichery es un baño caliente, Anden un horno, Massaúa un infierno.» Es una exageración. Contra los ardores del tal clima yo tenía un precioso recurso: un diván cuadrado, cuyas tres grandes ventanas caían á la mar que bañaba mi casa por tres de sus lados y donde yo pasaba voluptuosamente las largas horas de siesta en los meses calurosos. Mi horizonte, es verdad, era poco variado: en frente las escarpas desnudas y amarillas de la punta Gherar, la entrada del abra, algunas barcas de Dahlak cargadas de piedra con su velamen de estera; á la izquierda las escalonadas montañas de la Abisinia y del Samhar; y finalmente en el fondo y dominando magestuosamente la escena, el gran muro limpiamente cortado de la meseta abisinia, soportando el cimborio de Devra-Bizan desvanecido en un ligero azul. Allí tenía yo á la vista una página de Ritter, el capítulo de los tres terraplenes condensado en un cuadro mágico.

La primera persona con quien la casualidad me puso en relación en Massaúa, fue un europeo que murió algún tiempo después y á quien debo hacer públicamente justicia, ya que se ha desfigurado su carácter por sus enemigos políticos. Mr. Rafael Barroni, farmacéutico bolonio, establecido como comerciante en Massaúa, había sido nombrado por el cónsul inglés Mr. Plowden, en Gondar, gerente de la agencia británica, y con esta delegación casi privada apenas reconocido y muy mal apoyado por el gobierno inglés, llegó á conseguir á fuerza de habilidad y paciencia que se respetara el pabellón inglés en aquel puerto donde no aparecía más de una vez cada cinco años. Mr. Barroni tomó su gerencia en serio, de lo cual le han hecho un crimen algunos escritores franceses. Pero en 1856 el vice-cónsul de

Francia, habiendo dejado este puesto, le confirió la gerencia por espacio de un año, y él la desempeñó con un celo de que yo puedo dar testimonio. Una cuestión en la cual se mostraba siempre intransigente, era la trata de los esclavos. En efecto, emprendió la casi loca tarea de luchar contra las inveteradas costumbres del país, favorecidas activamente por las autoridades turcas. Y consiguió su propósito. Tenía una policía mejor organizada que la del bajá: cuando llegaba una caravana al Samhar, sabía exactamente los esclavos que traía, y á la cabeza de un pequeño cuerpo de criados bien armados, salía al encuentro de aquellos traficantes, les arrancaba por fuerza, sino de grado, el rebaño humano, los niños sobre todo, y aseguraba la libertad de aquellos infelices. El odio con que lo miraban los musulmanes de la isla, especialmente los traficantes en tan ilícito comercio, era mortal; y más de una vez estuvo espuesto á perecer.

Contra el odio de sus injustos enemigos, Mr. Barroni había adoptado medidas eficaces. Se hizo construir una casa estrecha, cuadrada, dominando perfectamente la población, y habitaba el primer piso, al cual no se podía subir sino por una escala de madera. A la primera alarma podía quitar la escalera y luego hostilizar las dos terceras partes de la ciudad desde sus ventanas. Colocado entre el mar y una plazuela á que confluían diversas calles, no tenía que temer ninguna sorpresa. Tenía dos ó tres escopetas y un cañón siempre cargado hasta la boca.

El cañón tiene su historia. Estando prohibida en Massaúa la importación de armas de guerra, fue preciso recurrir á la astucia para introducir de contrabando el ingenio en un barril de brea. Los mozos de cordel se doblaban bajo su peso, de tal modo que un aduanero hizo la observación de que era muy pesada á su parecer aquella brea.

—Es brea francesa, respondió Barroni imperturbable. Los productos franceses, todo el mundo lo sabe, son cuatro veces más pesados que los otros.

Medio convencido el aduanero introdujo en descargo de conciencia su sonda en el barril. Pero por una casualidad inverosímil la sonda entró por la boca del cañón, lo que economizó á Barroni los 2 talaris que de otra manera le hubiese costado el soborno.

Aquel ingenio de guerra ha sido comprado por un indígena, y el 25 de junio último, con ocasión de la fiesta del sultán, el comprador quiso disparar su cañón y reventó al primer tiro: más inofensivo, me apresuro á decirlo, que el cañón de Guingoire, que mató 24 curiosos.

Volviendo á cosas más serias, la lucha encarnizada de Mr. Barroni contra el verdadero partido del crimen, hizo de él el centro de todas las reclamaciones contra hechos de esclavitud, cualquiera que fuese la nacionalidad del reclamante. Entre las numerosas

cartas que recibía todos los días á este propósito, voy á reproducir una porque está firmada con un nombre conocido de los amigos de descubrimientos geográficos en el África oriental. Su fecha es de 7 de enero de 1859.

«El que suscribe, vicario delegado de monseñor Massaja, obispo y vicario apostólico del país de Galla, tiene el honor de informaros que una caravana musulmana que pasó últimamente para Halai, conducía cincuenta esclavos gallas, incluidas cinco doncellas cristianas, naturales del Gudru-Lagmara-Jimma, bautizadas por monseñor Massaja. Ignoro la edad y nombres de estas desgraciadas; pero creo de mi deber rogaros, y por la presente requiero la autoridad y protección del gobierno de S. M. B. á fin de que reclameis y retireis de las manos de los infieles esas cinco criaturas que han sido robadas á sus padres por los infames mercaderes de carne humana.—Fr. Leon des Avanchers.»

Se me preguntará si el resultado material de sus esfuerzos respondía á la enérgica perseverancia que mostró Mr. Barroni. Y respondo transcribiendo simplemente una nota sin firma que hallé entre sus papeles.

«Esclavos libertados después de la partida de W. Plowden.

1855.	De Tchulader (Gallas)	2
	De Mensa	1
	De Magatul	148
	De Atti Letta	1
	Embarque impedido para Djedda	160
1856.	Caravana detenida en territorio otomano y rechazada á la Abisinia	240
1857.	De Choa	2
	De Mensa	2
	De origen desconocido	4
1858 y 59.	1 de Mensa, 2 de Keren, 2 confiados á la casa Stephan	5
1860 y 61.	2 enviados á Arkiko y uno depositado en el consulado de Francia	3
		568

Otra nota de la misma fecha termina así: «Los habitantes de esta población, y especialmente los traficantes de esclavos celebran el advenimiento de Abdul-Aziz, mirándolo como un enviado del cielo para levantar (for the revival) su comercio que declinaba ya en el Mar Rojo.»

Después de algunos años la acción de Mr. Barroni se estrellaba contra un obstáculo de naturaleza muy extraña. El presidente británico en Aden, de quien dependía, sin desaprobación precisamente sus actos le

encargaba ceder en aquella lucha contra los esclavistas bajo pabellón otomano por temor de debilitar el prestigio en el Mar Rojo de aquel pabellón amigo.

Entrego este hecho, cuya prueba escrita tengo en mi poder, á la apreciación de los amigos leales del abolicionismo más allá de la Mancha.

XVIII.

Un poco de historia.—Los gobernadores de Massaúa: chismografía y vejaciones.—Ibraín: su fin trágico.—Un poeta turco.—Paseos alrededor de Massaúa.—El monte Ghedem.—Arkiko y sus príncipes.—Dessi: posesiones francesas.—Conclusión.

Puédese leer en Bruce y Rupel la historia del gobierno de Massaúa, desde abril de 1557 en que los turcos se apoderaron de ella poniéndole una guarnición de genízaros y un bajá, que fue luego reemplazado por un poder local, los naib de Arkiko. Los genízaros aburriéndose allí, se casaron con las hijas de los belau, de cuya mezcla resultó una aristocracia que conservó este último nombre y formó en Massaúa una cosa como el cuerpo de los kuluglés de la Argelia. Después de muchas vicisitudes, la Puerta vino á ser en 1846 la señora de Massaúa, sosteniendo en ella una serie de gobernadores que no tuvieron más que dos tendencias comunes: enriquecerse cínicamente y perseguir á los cristianos, especialmente europeos.

Francia había creado en 1841 un consulado en Massaúa: el titular de este cargo Mr. Degoutin, era un agente perseverante y capaz que se halló desde su llegada en lucha con el kaimakan por el mero hecho de residir en la isla. Por regla general, en Oriente, un bajá es como un procónsul de la antigua Roma, un sátrapa para quien un cargo político no es más que la potestad de exigir á todo el mundo impuestos ilícitos. Un empleo de 50 bolsas (6,250 francos) de sueldo fijo produce muy bien 50,000 francos de sobresueldo. Los europeos no se prestan á semejantes exigencias, y aun denuncian las que se hacen injustamente á los indígenas: son, pues, vecinos incómodos de que es menester desembarazarse.

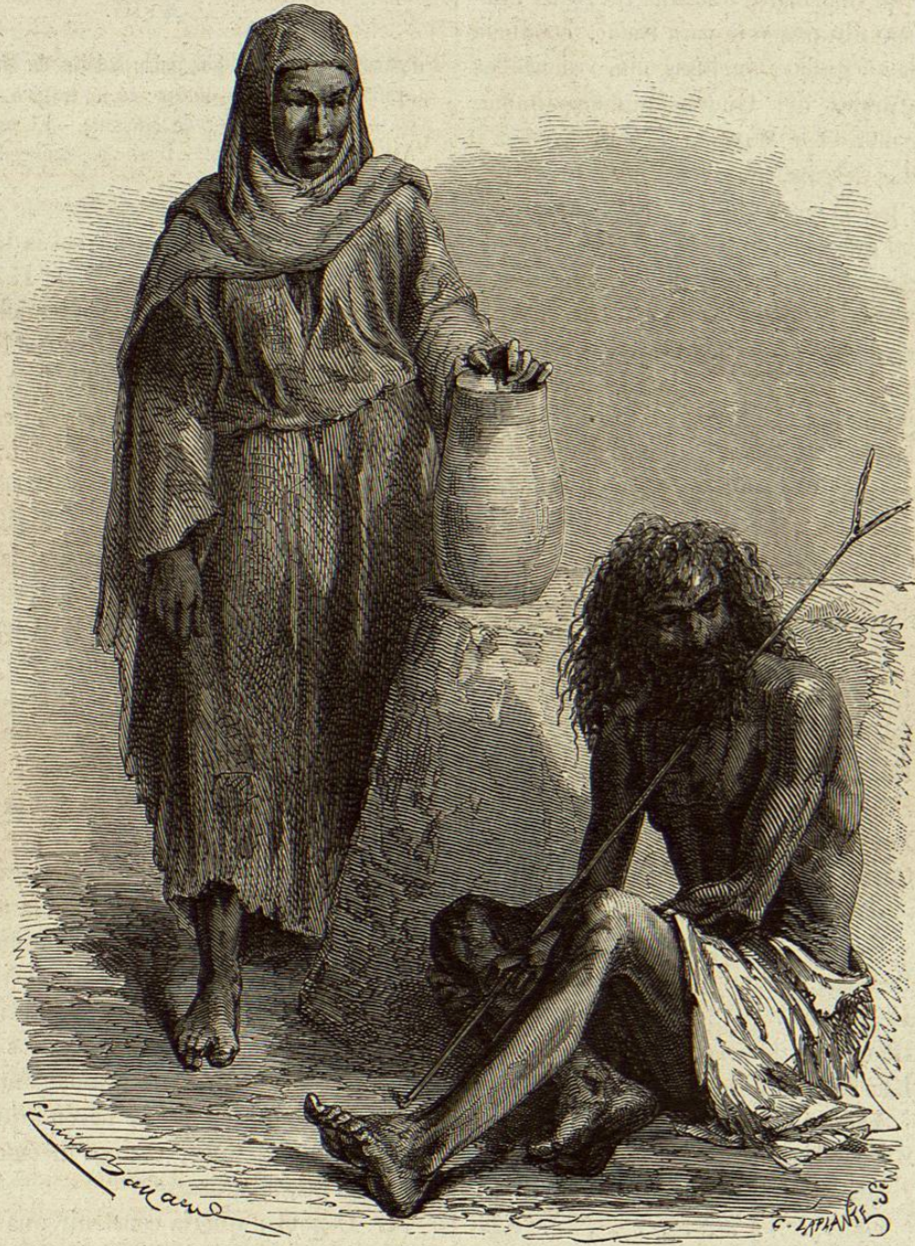
Mr. Degoutin quería construir una casa, no en la misma isla, que esto hubiera sido entonces una pretensión inaudita, sino en tierra firme en Monkullo. El kaimakan no se atrevió á impedirlo por la fuerza; pero hizo saber á los operarios indígenas que todos los que trabajaran para el francés recibirían en castigo no sé cuántos palos. Mr. Degoutin tuvo que convertirse en albañil y carpintero y edificar con sus propias manos su casa de verano. El resorte de la intimidación fue tan eficaz que se ha empleado recientemente contra la misión, según me asegura Mr. Delmonte.

Con los sucesores de Mr. Degoutin fue ya otra cosa. Los kaimakanes, no logrando impedir que cin-

co ó seis europeo, residentes en Monkullo siguieran el ejemplo de nuestro compatriota, creyeron incomodarlos previniendo á los indígenas de dicho pueblo retirar sus habitaciones 6 ó 700 metros mas lejos. Hé aquí lo que es el derecho de propiedad y la inviola-

bilidad del domicilio en las colonias lejanas de la Puerta. No se comprenderá nunca hasta qué punto es vejatoria la administracion musulmana, allí donde se pasaria perfectamente sin ella.

Un tipo de alta fantasía era Ibraim-Bajá, kai-



Derviche y mujer del pueblo.

makan de Massaúa en 1854. Envuelto siempre en una atmósfera de vapores *hachich*, vivia en una especie de novela perpétua de conquistas inmensas en el interior del Africa, y escribia á Constantinopla relaciones ó memorias donde declaraba haber estendido los dominios del sultan hasta las montañas de la Luna. No hay que decir que no era dueño de un palmo de tierra mas allá de Monkullo: los belatú de Arkiko, á

quienes había exigido el tributo, le contestaron altivamente: «Nosotros hemos cobrado siempre tributos; jamás los hemos pagado.» Rechazado por esta parte, lo impuso á los beduinos que traian al pueblo sus productos: los beduinos se abstuvieron de volver dos dias seguidos, y fue preciso revocar el desdichado edicto para no perecer.

A consecuencia de numerosas vejaciones cometidas

en detrimento de los europeos, Ibraim fue destituido, y su sucesor llegó á Massaúa trayendo el firman de revocacion, en 1855 si no me equivoco. Ibraim recibió el golpe con gran resignacion al parecer, acogió cumplidamente á su colega, volvió á su harem y se encerró en un aposento donde se colgó con el cordon de su alfanje, despues de haber puesto en orden sus negocios con la mayor sangre fria.

Esta leccion ha sido provechosa y los gobernadores sucesivos han mostrado mas atenciones, si no mas simpatías á nuestros agentes. El último gobernador, Pertew-Effendi, era un turco *rumeliota*, gracioso de formas, muy dispuesto siempre á agradarme, pero

apasionado en todo lo que atañía al poder político de la Puerta en aquellas regiones desconocidas. Pertew habia empezado por hacer versos, muy medianos como lo son todos los versos turcos, pero que allí sirven mucho al parecer para hacer rápida carrera en la educacion y en la diplomacia. Jamás he visto un hombre tan ingenuamente dotado de las pueriles extravagancias vanidosas de las mujeres pedantes. No hay en Turquía, me dijo una vez, mas que tres hombres de Estado capaces de salvar la Puerta que se hunde: Fuad, X y yo.—Cuidaba sobre todo mucho de hacerme comprender sus grados de civilizacion, y al efecto me hablaba una algarabía taraceada de fran-



Ras Mider y Ras Gherar.

cés, que era una tercera lengua para su uso esclusivo. Hablando de los abisinios, á quienes acusaba de tener *fe púnica* (gran reproche de parte de un turco) me decia otra vez: *Hinak mafich honneur, Musiu: honneur ma fi.* (No tienen honor, señor mio; no tienen honor.)

Massaúa ofrece pocos atractivos al explorador; pero éste puede desquitarse yendo á hacer algunas escursiones á las cercanías. Yo miraba con frecuencia una bellísima montaña que domina la poblacion y sirve de lejos á las embarcaciones para reconocer la situacion de este puerto: es el Gheden, cuya altura se eleva á 1,200 metros; enorme masa volcánica que ha comparado Bruce á un lomo de cerdo; comparacion vulgar, pero muy exacta. Su nombre significa en abisinio *lugares de asilo*.

A bordo de una barca conducida por dos hombres,

me dirigí por un mar de rara limpidez hácia la playa Sudeste que se redondeaba entre dos puntas terminadas por aquellos bloques madrepricos, de los cuales he hablado ya. Desembarcado allí, necesité andar una hora larga al través de las molestas mimosas para llegar á las rojizas y áridas alturas que comencé á subir con valor. Al cabo de tres cuartos de hora habia trepado á un pico que podia tener dos tercios de la elevacion absoluta de la montaña; pero esta cima estaba aun á 6 kilómetros lo menos, y vi en seguida que á menos de dormir allá arriba (á lo cual no me sentia inclinado por temor de los leones posibles y de las hienas y leopardos probables) debia contentarme con el resultado obtenido. No podia quejarme sin embargo, pues desde este punto se veia el mejor panorama que puede imaginarse. A mis pies la llanura que acababa de recorrer con una baja cadena